

# Conversaciones de bar

He podido constatar que los tiempos cambian, prácticamente nada es igual que antes y, sobre todo, no entiendo casi nada de lo que sucede y que soy yo quien nada a contracorriente; todo esto lo digo casi con toda seguridad.

Todavía no logro entender cómo hemos aceptado el nuevo mundo laboral, en el que los puestos de trabajo son de cualquier manera, con las condiciones que le vienen en gana al contratante, sin mayor oposición que decir o creerse la típica frase de “es lo que hay” o “qué quieres que haga”. No se valora la importancia del sindicalismo, la negociación colectiva, la presión en bloque, la fuerza de los trabajadores y los logros alcanzados en más de un siglo de lucha por personas que tenían mucho menos de lo que tenemos y que se jugaban mucho más de lo que nos podríamos jugar ahora.

Se ha agudizado el individualismo de las personas hasta un nivel exagerado, inaceptable, todo acorde con los deseos de un neoliberalismo que está alcanzando su clímax en su mundo globalizado, mundializado o transnacional, consiguiendo que ni siquiera pongamos en cuestión este entramado, principalmente económico, a no ser que acudamos a las conversaciones de bar, típicas en este país, donde acudimos para ser referentes de la crítica y la lucha política y social, como si constituyera una válvula de escape o un confesionario donde dirimir nuestra pasividad en la realidad, porque nos sentimos culpables al día siguiente de no haber querido hacer nada para solucionar aquello que nos angustia, quizás, y lo que es aún peor, por pereza. Por eso la frase de “¿y qué quieres que haga yo?” o “yo no puedo hacer nada” son tan recurrentes. Y para la salvaguarda está la típica excusa “todos los políticos son iguales” o “este está allí por interés, algo sacará con ello”.

¡Ojo! No quiero decir que la inacción sea una opción inaceptable: cada uno es libre para hacer o decir lo que quiera. Solo faltaría. Pero lo único reseñable de esa inacción debería ser que ella misma debería condicionar luego opiniones o discursos posteriores; sólo por respeto hacia los que sí participan de las escenas que ofrece la democracia, la libertad y el resto de los derechos.

Definición de individualismo: “Tendencia de una persona a obrar según su propia voluntad, sin contar con la opinión de los demás individuos que pertenecen al mismo grupo y sin atender a las normas de comportamiento que regulan sus relaciones”. Dijo Thomas Hobbes, en su observación de la conducta humana, que el ser humano es un animal esencialmente egoísta y la fórmula elemental de ese egoísmo es la supervivencia: “El hombre es un lobo para el hombre. En un sentido utilitario, es preferible pactar y vivir en paz disfrutando de un bienestar, que estar constantemente viviendo en una inseguridad constante”. Es posiblemente una definición, hecha en su obra *Leviathan*, publicada en 1651, que conserva toda la veracidad definitoria del individuo, y es ésta la que nos conduciría a la utilidad del neoliberalismo y su concepto de propiedad, signo unívoco, para esta ideología, de la libertad, para expandir las redes sobre el planeta sin apenas tener ningún tipo de impedimento o contraposición ideológica.

Son una gran mayoría que opina que la caída del muro de Berlín en Septiembre de 1989 fue un hito histórico porque escenificaba el fin del mundo soviético, cuando en realidad se podía interpretar como

el fin de la oposición al liberalismo y a las trabas que desde Europa, a través de la socialdemocracia, se ponían a la total expansión del capitalismo que hoy en día se ha producido con toda la facilidad que se ofrece cuando no existe oposición alguna (salvo casos aislados como Corea del Norte o algunos países que han intentado hacer algo diferente, como Venezuela, Cuba, Ecuador o Bolivia).

Nadie discute sobre los beneficios de la deslocalización, si los tiene. Con ella, el hombre se aliena de lo que produce, deja de tener algún tipo de beneficio personal con el producto final. También los costes se reducen e incluso está aquel que defiende que montar un telar en un país de Asia mejora las condiciones de vida de los explotados porque de otra forma no cobrarían ningún sueldo, aunque éste sea paupérrimo para las doce o catorce o váyase a saber cuántas horas más; pero lo cierto es que la explotación se ha trasladado, se ha deslocalizado, en una novedosa forma de esclavitud y de la tradición de las condiciones laborales de la primera revolución industrial.

Todo tiene relación. Desde individualismo, egoísmo y falta de cohesión de los individuos sociales, hasta la expansión del capitalismo, que ha alcanzado su cima, se ponen en peligro los sistemas de bienestar tal y como se conciben en la mayor parte de los países de Europa, en sus distintos modelos (Continental-corporativo, socialdemócrata y el sistema básico-subsidiario). Entre esta manera de entender el entramado social, la protección de los individuos, el nuestro ha sufrido una gran amenaza en esta pasada legislatura, gobernada por Mariano Rajoy y el Partido Popular, que ha utilizado la excusa de la crisis financiera y económica, que ha afectado en España de forma mucho más aguda que en el resto del mundo, para reducir al máximo el Estado de bienestar, ya que es el neoliberalismo quien ejercita las políticas sociales desde la perspectiva costes-beneficios, sin caer nunca en las necesidades reales de la gente (y sobre todo de los más necesitados o castigados por el sistema).

También ha dañado gravemente la identificación de los trabajadores como un grupo definido, del individuo como parte de una comunidad que defiende sus intereses, motivado por ese individualismo inflado por el impulso de ese capitalismo imperial, perdiendo la fuerza como grupo, la necesidad de la actividad sindical, la inoperancia de manifestarse, de las huelgas y de la confrontación. El neoliberalismo ha conseguido desclasificar a los individuos, esto es, que éstos no se consideran ya como integrantes de clases sociales definidas por sus puestos de trabajo y de su capacidad económica, y los engloba en estatus sociales definidos por el grado de significación ocupacional en la sociedad a la que pertenece y a su poder adquisitivo.

Vivimos nuevos tiempos, a los que algunos nos cuesta engancharnos porque no creemos en las sociedades egoístas e interesadas que se van conformando según el interés de los movimientos globales que casi siempre son económicos y comerciales. Por mi parte, seguiré admirando a aquellos que lucharon en el pasado por la consecución de un mundo igualitario y libre, teniendo mucho menos que nosotros y pudiendo perder mucho más de lo que nosotros pudiéramos perder si nos presentáramos a nuestras comunidades como inconformistas ante una realidad que se nos escapa de las manos, que se pierde en la deslocalización y la indefinición como sociedades claras.

Esto es sólo una idea de lo que está ocurriendo. Si piensas diferente, nos vemos en los bares (o escribe tú).

**Chabi Ferrández Lafuente.**